

Allí estuvieron toda la noche, de no interrumpirles tan amorosa serenata uno de los accidentes propios de tan duro tiempo. Sucedió, pues, que oyéronlos bien pronto los guardas del señor feudal, y se indignaron de que pudiese un plebeyo tañer la cítara y otro plebeyo lanzar la voz sin permiso de quien todo lo podía y ordenaba en aquella región feudal como Dios en el Universo mundo. Acercáronse sigilosamente, y los sorprendieron merced al sigilo, en lo más dulce de la música y lo más exaltado del canto. Si Andrés los llamara para persuadir á Santiaguillo, no vinieran más pronto. El plebeyo pudo persuadirse de que la sombra del feudalismo se tendía sobre su hogar y turbaba sus goces. A los pocos minutos de haber sonado los arpegios de la cítara y las cadencias del cántico, ya estaban metidos en uno de los calabozos feudales, por el enorme crimen de haber dado una serenata sin permiso ni consentimiento del señor.

CAPÍTULO II.

EL CALABOZO.

No eran calabozos los feudales, eran sepulcros. La tiranía de los siglos medios cavó aquellos recintos espantosos para enterrar como muertos á los vivos. No se oía ninguno de los estruendos del mundo, como si hubierais caído en planeta donde reinara un absoluto silencio. El día jamás penetraba á través de sus paredes empotradas en la oscuridad, y de sus piedras enormes como ciclópeas moles. Diríase que los gigantes habían cavado en las entrañas de nuestra tierra madrigueras para sus hijos, ó enterramientos para sus cadáveres; y en vez de poner Pelion sobre Ossa hacia arriba en el camino de las alturas celestes, los habían puesto hacia abajo en el camino de las profundidades infernales. Como ningún ruido,

ningún movimiento. Y como ningún movimiento, ningún síntoma de vida. Ni la luz, ni el calor en parte alguna penetraba por el menor resquicio. Sentíase tan sólo triste humedad, cual si genios invisibles lloraran lágrimas amargas en aquellos centros incalificables. Los hemos llamado sepulcros y hemos hecho mal. Todavía en los sepulcros anidan los gusanos producidos por la corrupción del cadáver. En las honduras feudales, asilos de tantos dolores, ningún sér animado, ningún organismo viviente; la inercia y el frío de los minerales sujetos á horrible fatalidad. Mucho más triste que la horca en la cima, era el calabazo en la base de los torreones feudales. Tenían las horcas más entrañas que los calaboceros, pues, al fin y al cabo, remataban aquéllas pronto á sus víctimas, en tanto que estos bajaban de vez en cuando con alguna sorda linterna y algún manojito de llaves en las manos, como para traer á la memoria y á las mientes de los allí encerrados luz y reverberaciones del mundo que diesen el horror de los contrastes á una terrible vida, con todos los horrores de la muerte, y sin su largo reposo, ni su eterno sueño.

Cuando los cuervos iban á los altos y

almenados torreones, donde se alzaban las horcas, y se volvían con pedazos de carne muerta en sus voraces picos, ignoraban que allá, en los calabozos parecidos á profundos abismos, habitaban seres más castigados aún que los infelices ahorcados, y con una especie de muerte, todo silencio, todo oscuridad, todo frío, pero que no mataba por temor á procurar la tranquilidad á sus víctimas.

Aquellos castillos coronados de barbaccanas y almenas, desde los cuales atisbaba el señor al viandante para despojarlo, no hubieran podido, no, durar un minuto sin la horca en sus alturas y la cárcel en sus bases. Puede, pues, asegurarse que radicaban sobre cárceles sobrepuestas y parecidas á los círculos infernales ideados por la teología para los réprobos. Y en uno de tales abismos acababan de caer el posadero Santiaguillo y el músico Melchor, por la enorme falta de haber tañido sonora cítara y entonado amoroso cantar, sin pedir previamente para ello venia de ningún género á los señores feudales, quienes, creyéndose dioses, no querían que la hoja se moviese en los árboles, ni la lengua en las bocas sin su consentimiento y su permiso.

—Di ahora que no hay razón para sublevarse como los pobres labriegos imposibilitados de sufrir tanta tiranía; dilo ahora. Murmuraba Melchor en el oído de Santiago, quien se revolcaba sobre la paja de su calabozo, cual si le aquejara un horrible ataque de asesina epilepsia.

—¡Oh! ¡Y no podré ver á Catalina!

—¿Verla? Ni esperar siquiera en la posibilidad de tu casamiento.

—¡Castigar como negro crimen una inocente canción!

—¿No te lo decía yo?

—¡Pasar un día entero sin oír su voz y sin mirar la luz de sus ojos, pasar un día entero así!

—Dios te oiga, y ordene que sea un solo día; pues corremos peligros, y grandes, grandísimos, de quedarnos aquí por toda una eternidad y aun de morir sobre tan frías lomas en el abismo y en el olvido.

—¡Oh rabia!

—Pues ya puedes rabiarse hasta la consumación de los siglos.

—¿Qué hacer?

—¡Y me lo preguntas tú? Si en vez de irnos á serenatas y amorios impropios de siervos, nos fuéramos á la sublevación y á la

guerra, ya estarías mucho más cerca del logro de tus designios, y mucho más seguro de la felicidad y de la paz de tu vida en brazos de tu novia.

—Quizás tengas razón.

—Pues si te queda en tus adentros algún recelo sobre si tengo razón ó no, decidete por tí mismo en vista del universal movimiento que arrastró un pueblo entero de siervos á la guerra de venganza y exterminio.

—Pardiez que vas acertando.

—¿Pues qué creías?

—Exageraciones de tu malhumor las realidades más tristes de nuestra misérrima existencia.

—Me alegro que vayas cayendo, como suele decirse, de tu burro.

—Indudablemente pesa tanta alegría.

—Pues no.

—Encerrado aquí yo, huérfana mi hostelería, cuasi viuda mi novia.

—Sus ojos serán fuentes, cuando vea que has desaparecido, como si la tierra te hubiera tragado.

—Me buscará por todas partes y en ninguna podrá encontrarme la infeliz. Resueñan ahora en estos oídos sus voces y sus llamamientos, y no puedo responderle. Cata-

lina, Catalina mía, me pagarán tus verdugos con mares de sangre cada lágrima que viertas.

—Pláceme verte así, mi bueno y querido Santiago. Con tales arrebatos respondes á tu carácter íntimo, á tu vocación propia y á tu fin social.

— ¡Me la pagarán!

—No podía menos de suceder así. Por tanto, me alegraré que te la paguen como deben tus opresores. Y rechinaban de rabia los dientes de Santiago.

—Ya lo veras.

—Si tú eres un valiente y lo has sido en las entrañas de tu madre. Ninguno tan jugetón entre tanto niño travieso como pulubaba por las campiñas durante nuestra infancia. Ninguno de nuestros jóvenes tan jacarandoso, pendenciero, desafiador, calavera como tú. El vino te daba una elocuencia pintoresca, las mujeres un ardor indecible, los combates el estro de un guerrero. Lo mismo te daba enterrar una bala en el corazón de tu enemigo, que una posada en las orgias con tus amigos. Al primer mozo con quien solías topár, le soltabas un tiro; y á la primera moza un beso. No había para ti obstáculos ni dificultades. Dios cria tama-

ños temperamentos para la guerra. Vé, pues, á la guerra.

—Anoche debí oír tus consejos y ceder á tus impulsos. Ahora, por más voluntad que tuviera, estrellarianse contra lo imposible. ¿Cuándo saldremos de aquí, cuándo, Melchor?

—Decídetes ahora y ten confianza en que Dios ha de soltar muy pronto á los suyos para que los designios providenciales se cumplan y la obra de la divina gracia se consume.

— ¡Andrés!

—La luz de Alemania ya no es luz, sino el relámpago de tempestad eterna; el suelo de Alemania ya no es tierra, sino el cráter de un volcán inmenso. Nuestra sombría y triste atmósfera, en lo negra y en lo pesada semejante á un paño funerario, se mueve y agita como si llevase la ráfaga de un huracán vertiginoso en sus diversas regiones. Por todas partes una voz apocalíptica llama los hombres á la revolución, como la trompeta del ángel llamará los muertos á juicio.

—Todo eso, todo, lo siento yo refluír en mi corazón y circular por mis venas.

—No hay mayor injusticia que deber

prestar la constante actividad del trabajo propio al señor soberbio que no te recompensa como no recompensa su máquina, y que te mantiene para que continúes consumiendo tu vida y prestándole tus fuerzas.

—Ni descanso nos consienten.

—Antes aún lo alcanzábamos el domingo.

—Es verdad; ahora ni domingo siquiera, como si nuestras fuerzas fueran inagotables, eternas.

—Una dama, una delicadísima condesa, Elena de Lupfen, ha enseñado á nuestros señores á revocar hasta el descanso del domingo y á emplearlo en coger flores y fresas compestres para sus fiestas y sa-raos.

—En verdad, ninguna de las cosas criadas por Dios para nosotros nos pertenece. No podemos entrar en las selvas que fueron el templo de nuestros dioses y la cuna de nuestros padres. Las aves vuelan, los peces nadan, las alimañas útiles procrean para gozo y provecho de nuestros tiranos, revestidos con el absoluto privilegio de pesca y caza.

—Ni un mísero salario podemos contar. Ni un ahorro podemos tener. Cásate, Santiaguillo, para dejar pronto á tus hijos en

la orfandad, á tu mujer en la viudez, á todos en la miseria.

—Si escapáramos de aquí...

Santiago, que iba de suyo á dar una promesa en consonancia con las obyurgaciones de Andrés, vió aparecer á sus ojos la sombra idolatrada de Catalina, y se detuvo en este momento y no quiso continuar.

—¿Todavía dudas?—le preguntó Melchor al verlo detener los movimientos interiores que se traslucían en sus ojos y en su semblante.

—Ya he dicho que si saliéramos pronto de aquí...

—¿Te irías á ver á tu novia Catalina, y dejarías viuda de tu cariño la libertad?

—¡Andrés! No...

—Santiaguillo, no eres digno de tu fama.

—No me insultes.

—Te insultan tus hechos y no mis palabras.

—Yo amo.

—Y el amor te ha convertido de un héroe verdadero, en un verdadero mandria, cuando conviertes, por regla general, á los mandrias en héroes.

— Cuando más cerca me creía de mi felicidad...

— Amaneces en oscuro calabozo. Y enterado vivo todavía dudas si deberás ó no, cuando puedas, á pugnar por tu libertad.

— ¿Qué quieres?

— Pues arde Alemania.

— No tomes los fantasmas de tu cerebro por los hechos de la realidad.

— El profeta Muntzer ha suscitado un pueblo de Dios. Su palabra enardece como los carbones ardientes de Isaías, y penetra como la espada militante de San Pablo. Jacobo Wehe ha muerto en una caverna, perseguido por los nobles, como el ciervo por la jauría; pero su martirio enciende ahora en la fe muchos corazones é ilumina con la esperanza muchas inteligencias. Estel, uno de los nuestros, va en carrera de triunfo, con manto de púrpura forrado de armiño, corona de oro sembrado de pedrería, heraldos á docenas y soldados á millares. Dos nobles de las primeras familias de Alemania se han pasado á nuestro bando: Goetz y Florian. Cien mil hombres tenemos cargados de botín, que han pasado por los fosos de los castillos feudales como raposas, y han salido por las almenas como águilas. Los campe-

sinos de Turingia convierten las ramas de sus árboles en lanzas, y los mineros de Herzgorig el hierro de sus minas en chuzos. Desde las orillas del Rhin á las orillas del Danubio, arde nuestra patria contra los castillos feudales como en tiempo de Arminio con los emperadores romanos, y ya es hora de que nosotros recordemos nuestro nombre y volvamos por nuestra libertad. Si anoche me hubieras creído, ¿nos hallaríamos ahora en este calabozo?

— Tente Melchor, y no me atosigues con tus reconvenciones y tus sarcasmos. Ya me conoces, y sabes que, blando como un cordero en la paz, me ciego como un tigre á la vista de sangre humeante y en los empeños y esfuerzos de la guerra. Si llego á saltar en medio de las batallas, solamente, la voluntad dicha podrá detenerme á mi en los espasmos del furor y en los delirios del odio. Alemania se inundaría de sangre, como si todos sus ríos se hubieran salido en crecidas fabulosas del respectivo cauce, ó como si el Océano entero se hubiera volado á los aires y caído luego en trombas infinitas y diluvios sin número sobre la tierra. Nuestras selvas arderían como piras de difuntos. Caerían calcinados los castillos,

y de sus habitantes no se hallarian ni siquiera las cenizas diseminadas por el soplo de mi ciega y exterminadora cólera. Yo me siento capaz de todos los odios é instrumento de todas las venganzas. Cuanta sangre hayan bebido los caballeros de nuestras venas, se las sacaré yo de las tuyas en la primera de mis batallas. He nacido para la guerra; pero no respondo de ir á la guerra, si al traspasar esa puerta, encuentro por casualidad en mi áspero camino el amor.

—Dios permita, exclamó Melchor, que agrade tu novia, esa mujer adormecedora de tus pasiones, al señor de nuestra comarca.

—Andrés, ¡que no respondo, no, de mí!

—Dios permita que la desarraigue de su vivienda y la conduzca violentamente á su castillo. Y allí, en tu presencia la arrastre á su alcoba...

Santiaguillo, fuera de sí, cual un loco, echando espumarajo por la boca, y despidiendo relámpagos de sus ojos, iba con furor á lanzarse sobre su amigo y despedazarlo, cuando se oyó ruido de llaves, tras el ruido de llaves ruido de puertas, y tras el ruido de puertas que giraban perezosamente sobre sus goznes voces y pasos, cuyo ru-

mor naturalmente interrumpieron el diálogo de ambos, divirtiéndose á un tiempo su atención mutua embargada con los sendos deseos y las sendas esperanzas de próxima libertad.

En efecto, el calabocero entró, y tras los calaboceros entraron los ministros de la justicia condal. Hizo aquel una seña, y á la seña los verdugos sacaron unos látigos. Melchor y Santiago retrocedieron á su vista; pero dirigiéndose sobre los dos presos, les arrimaron unos fuertes y ruidosos latigazos, como si de perros ó de caballos, y no de hombres, se tratase. Corrieron los dos siervos á todo correr por la puerta que les abrieran; y al encontrarse de nuevo solos en mitad precisamente del mismo campo donde la noche anterior habian cantado, Andrés le dijo á Santiago.

—¿No te parece aún digno de un ruidoso desquite nuestro horrible ultraje?

—Supiéronme á gloria los latigazos porque me arrojaron del calabozo, abriéndome paso para ver á mi Catalina y tornar á mi posada.

—¡Oh masedumbre!

—Adios, Andrés.

—Ya sentirás los horrores del feudalismo.